

dio ofrece, y su utilidad bajo el punto de vista moral, la definiendo que es la facultad de hallar en cualquier caso los medios de persuadir ¹⁾.

La diferencia que media entre esta definición y todas las expuestas por retóricos anteriores, demuestra por sí sola los progresos realizados por Aristóteles. Consisten éstos principalmente, en asignar á la Retórica el empleo exclusivo de argumentos ó medios probatorios (*πιστεῖς*); pero mientras la Dialéctica halla estos medios en el silogismo, el orador dispone del llamado entimema, especie de argumentación basada en simples probabilidades ó indicios. Análoga es la diferencia que establece entre los paradigmas ó ejemplos (*παράδειγμα*) de que ha de hacer uso el orador, y la inducción (*ἐπαγωγή*) sólo admisible en una demostración rigurosamente dialéctica. Colocados de esta suerte los cimientos de su edificio, investiga Aristóteles qué es lo que cuadra á cada uno de los tres géneros oratorios por él establecidos: el deliberativo, el forense y el epidéctico ó demostrativo.

Merced á estos puntos de vista adoptados y difundidos por Aristóteles, fué éste el fundador de un sistema científico de la Retórica, como lo fué de la Dialéctica. Sin la holgura necesaria para mostrar aquí cómo desarrolló este sistema, nos limitaremos á consignar que su obra es un rico tesoro de ingeniosas teorías, y que la calidad y el número de los ejemplos que en ella aduce, le dan tanto más valor cuanto que en su mayor parte están tomados de producciones de que no queda vestigio alguno en la Historia de la Literatura.

Un escritor competente, dice de la *Retórica* de Aristóteles que es la más perfecta, la más simétrica y la más lógicamente expuesta de sus obras ²⁾. La única reserva que respecto de este juicio debe hacerse, concierne al libro tercero. Indudablemente las cuestiones que en él se estudian—además de la *λέξις*, esto es, la elocución, trata la *τάξις*, ó lo que es lo mismo, la teoría relativa al orden ó disposición de las partes del discurso—caen de lleno dentro de los dominios de la Retórica. Pero aparte la sospecha que desde luego despierta el hecho de que el Catálogo sólo habla de

¹⁾ Libro I, 2: ἔστω δὲ ἡ ῥητορικὴ δύναμις περὶ ἐκάστου τοῦ θεωρησαί τὸ ἐνδεχόμενον πιθανόν.

²⁾ Brandis, *Ueber Aristoteles Rhetorik und die gr. Ausleger derselben*, PHILOLOGUS, vol. 4, p. 1 y ss.

dos libros, hay que considerar que ni en los dos primeros hay la más ligera referencia á la doctrina contenida en el tercero, ni en éste se halla alusión alguna á aquéllos. De aquí que, ó ha de considerarse el libro tercero como una obra de Aristóteles agregada más tarde á la *Retórica*, ó debe mirársele como complemento de ésta, conveniente sí, pero añadido por una mano extraña ¹⁾. Algunas diferencias que en las definiciones gramaticales se observan entre este libro tercero y los capítulos correspondientes de la *Poética*, no son tan importantes que por ellas haya de ponerse en duda el origen aristotélico de aquél ó de ésta.

Es indudable que Dionisio de Halicarnaso sólo conoció la *Retórica* de Aristóteles en su forma actual ²⁾; y al parecer, su testimonio tiene tanto más valor, cuanto que en uno de sus escritos ³⁾ se detiene á investigar la época en que esta obra fué compuesta. Según él, debió ver la luz poco antes de la muerte de Demóstenes. Mas aunque fueran exactas las razones que alega, difícilmente habría conseguido demostrar, como se proponía, que las doctrinas de Aristóteles no ejercieron influencia alguna sobre Demóstenes. En el fondo, según lo que ya hemos observado, las ideas del fundador de la escuela peripatética estaban ya contenidas en la *Retórica de Teodectes* publicada mucho tiempo antes. Ignoramos qué es lo que movió á Aristóteles á consignarlas de nuevo dándole una forma completamente propia; pero en todo caso, más bien que la razón indicada por Valerio Máximo ⁴⁾, debió servirle de estímulo el deseo de enunciar de la manera más perfecta posible, su teoría sobre la Retórica. Conjetura es ésta tanto más verosímil, cuanto que medió largo tiempo entre la publicación de la *Retórica de Teodectes* y la de la suya. Bajo cierto aspecto, pues, es perfectamente exacta la opinión de Niebuhr ⁵⁾, según la cual,

¹⁾ En este sentido se expresa Schaarschmidt, *Die Sammlung der Plat. Schriften*, página 108 y ss.

²⁾ *De verbis compos.*, p. 197, donde se cita expresamente el libro 3, c. 9, página 1409, a, 24. Es muy de notar cuán poco parece haber conocido Ciceron la *Retórica* de Aristóteles. La única alusión á ella se encuentra en *Orat.*, c. 32, 113, al paso que las palabras que hallamos en *De orat.*, 2, 38, 160: *Atque inter hunc Aristotelem, cuius et illum legi librum, in quo exposuit dicendi artes omnium superiorum et illos, in quibus ipse sua quaedam de eadem arte dixit*, sólo podrían dar una extraña idea de la obra de que se trata.

³⁾ En la primera epístola á Ammeo.

⁴⁾ Véase el pasaje, en la pág. 240 del presente tomo.

⁵⁾ *Röm. Geschichte*, vol. 1, nota 30.

la *Retórica* en su primitivo plan, fué de las primeras obras de Aristóteles; pero la forma que hoy tiene, prescindiendo del libro tercero, sólo pudo recibirla con posterioridad al año 336 a. Chr. ¹⁾.

Con razon se ha comparado á la *Retórica* con una oración fúnebre, que, con claro y delicado ingenio, describe el carácter y tendencias del personaje difunto, presentándolo á sus semejantes como modelo digno de ser imitado ²⁾. Es circunstancia digna de tenerse en cuenta, la de que la aparición de este trabajo, sin duda el más notable en su género, coincidiera aproximadamente con la del discurso *Por la corona*, elogiado como la obra maestra más acabada de la elocuencia ateniense. Pero aun más sorprendente que esta simultaneidad de la más perfecta ejecución del arte mismo y de su teoría, es la escasa estima que mereció á Aristóteles, el orador á quien el juicio unánime de todos los siglos ha otorgado el primer lugar en la historia de la elocuencia ³⁾. Este hecho, por varios modos explicable, determina por sí solo una notable diferencia entre la obra del Estagirita y todos los libros posteriores sobre *Retórica*: diferencia que se revela también en el hecho de que á pesar de todas sus bellezas, fué bastante escaso el influjo ejercido por la *Retórica* de Aristóteles en los retóricos de las siguientes épocas. Los elogios que éstos le tributaron, no impidieron que á menudo emprendiesen un camino enteramente opuesto al que aquél había seguido.

No aconteció lo mismo en el campo de las ciencias naturales, en el cual la autoridad de Aristóteles ha dominado en absoluto á través de los siglos. Las producciones aristotélicas sobre estas materias, son tan importantes como numerosas. Mas no son pocas las dificultades con que se tropieza, para dar clara idea de su forma primitiva. Como sobre este punto, el Catálogo no nos da luz alguna, parécenos oportuno limitarnos á exponer lo más necesario, comenzando por las obras consagradas á lo que los antiguos entendían por *Física*. La más extensa de esta clase, es la

¹⁾ Como se desprende del discurso de Demóstenes, *Por la Corona*, § 213, lo dicho en el libro 2, 23, p. 1397, b, 31, se refiere á sucesos acaecidos poco después de la batalla de Queronea. De análoga suerte en la pág. 1399, b, 12, se habla de la paz concertada el año 336. Son por lo menos dudosas, las huellas de posterior origen que se han creído hallar en el libro 3.

²⁾ H. Sauppe, *Dionysius und Aristoteles*, Göttingen, 1863, p. 17.

³⁾ Sólo tres veces nombra Aristóteles á Demóstenes, en todo el curso de su *Retórica*, libro 2, 23, p. 1397, b, 17; 24, p. 1401, b, 33, y 3, 4, p. 1407, a, 7.

generalmente designada con el título de *Física*, que consta de ocho libros. Tanto en nuestros manuscritos como en la generalidad de las ediciones, se intitula φυσική ἀκρόασις. Pero de semejante denominación no puede sacarse conclusión alguna segura, dado que por otro lado consta que el primitivo título de los cinco libros primeros era φυσικά, y que los tres siguientes parece que fueron designados, aun por el mismo Andrónico, con el de περί κινήσεως, *Sobre el movimiento*. Relaciónanse directamente con la *Física* los cuatro libros *Sobre la bóveda celeste* (περί οὐρανοῦ), los dos *Sobre la generación y la destrucción* (περί γενέσεως καὶ φθορᾶς) ¹⁾, y por último, los cuatro *Sobre Meteorología* (μετεωρολογικά).

Tan indudable como es, en general, el que estos tratados, íntimamente relacionados entre sí, proceden de Aristóteles, tan difícil sería poder determinar su primitiva extensión, así como las denominaciones que recibieron del mismo Estagirita; buena prueba de ello es lo que ya hemos dicho sobre el final de la *Meteorología* ²⁾. Pero aparte esto, no faltan razones para calificar de más ó menos arbitraria la fusión actual de todos ellos. Adviértese en primer término esta arbitrariedad, en el libro séptimo de la *Física*, el cual no sólo no tiene conexión alguna con los demás, sino que produce el efecto de estar compuesto de apuntes, en parte poco esmerados, con los cuales se refundieron más tarde extractos ó de una simple paráfrasis ó de otra redacción ³⁾.

No hay para qué detenernos aquí á examinar la obra *Sobre el Cosmos* (περί κόσμου), pues, que sea producción de un estóico posterior, ó de Nicolás de Damasco, como con razones muy atendibles se ha supuesto ⁴⁾, es indudable que no procede de Aristóteles; opinión que tiene en su abono la circunstancia de no haberle sido atribuída sino por escritores muy posteriores y de escasa nota ⁵⁾. Pasemos, pues, á tratar de los escritos que versan sobre la vida y los seres vivientes.

¹⁾ Es dudoso si estos últimos no debieran llevar con más motivo el título de περί στοιχείων que Aristóteles emplea en el tratado *De anima*, 2, 11, p. 423, b, 29, y en el *De sensu*, 4, p. 441, b, 28, y que figura en el Catálogo. Véase Galeano, *De elem. sec. Hipp.*, 1, 9, t. 1, p. 486.

²⁾ Véase la pág. 225 del presente tomo.

³⁾ Véase la disertación de Spengel, *Ueber das siebente Buch der Physik des Aristoteles*, en las ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 3, 2.ª parte.

⁴⁾ Esta última opinión ha sido formulada por Th. Bergk. Véase el *Rhein. Museum*, vol. 37, p. 50 y ss., y 294 y 295.

⁵⁾ Proclo, *In Tim.*, p. 322, dice: εἴπερ ἐκείνου τὸ περί κόσμου βιβλίον, al paso

En el orden tradicional de estas obras, figuran en primer término los tres libros *Sobre el alma* (περὶ ψυχῆς), cuando tal vez fuera más acertado colocarlos, juntamente con los pequeños tratados que les acompañan, después de las obras zoológicas. Dado que este escrito justifica hasta cierto punto una observación análoga á la que ya varias veces hemos hecho, por hallarse también su último libro en un estado mucho más imperfecto que los dos primeros, los breves trabajos que con diferentes títulos van á continuación, no pueden ser otra cosa que partes sueltas de un todo armónico, donde se tratase de todos los hechos y fenómenos en que intervienen por igual el alma y el cuerpo ¹⁾. No es fácil resolver si aluden á trabajos hoy perdidos, ó simplemente á los que Aristóteles se proponía realizar, algunas referencias á investigaciones que muy bien caben dentro de este grupo, como, por ejemplo, las designadas con los epígrafes *Sobre la juventud y la vejez* (περὶ νεότητος καὶ γήρως), *Sobre la enfermedad y la salud* (περὶ νόσου καὶ ὑγείας) y *Sobre la nutrición* (περὶ τροφῆς)—no encaja bien aquí una obra *Sobre la embriaguez* (περὶ μέθης) citada únicamente por Ateneo, y que según todas las probabilidades, era apócrifa.—Es de todas suertes digna de nota la circunstancia de que, excepción hecha de los que aun se conservan, no queda vestigio alguno de los tratados de este género, citados en las obras de Aristóteles.

Por lo que hace á los escritos designados generalmente con el título de *Parva naturalia*, que todavía existen, son los siguientes: *Sobre la percepción* (περὶ αἰσθήσεως καὶ αἰσθητῶν), *Sobre la memoria y el recuerdo* (περὶ μνήμης καὶ ἀναμνήσεως), *Sobre el sueño y la vigilia* (περὶ ὕπνου καὶ ἐγρηγόρσεως), *Sobre los ensueños* (περὶ ἐνυπνίων), *Sobre la adivinación en sueños* (περὶ τῆς κατ' ὕπνου μαντικῆς), *Sobre la longevidad y la brevedad de la vida* (περὶ μακροβιότητος καὶ βραχυβιότητος), *Sobre la vida y la muerte* (περὶ ζωῆς καὶ θανάτου), y por último, *Sobre la respiración* (περὶ ἀναπνοῆς), que verosíblemente está relacionado con el anterior. No es en cambio de Aristóteles, aunque quizá procede de su escuela, la obrita *Sobre el aliento* (περὶ πνεύματος), la cual parece tener estrechas conexiones con otra, también apócrifa, *Sobre el movimiento de los animales* (περὶ ζῴων κινήσεως).

que Joan. Philop., *Contr. Procl. de aetern. mundi*, fol. D. 4, y otros, la citan como de Aristóteles.

¹⁾ En el sentido en que el mismo Aristóteles, *De anima*, 3, 10, p. 433, b, 20, habla de los κοινὰ σώματος καὶ ψυχῆς ἔργα.

Respecto de las producciones propiamente zoológicas, nos contentaremos con mencionar las tres que siguen: *Sobre los miembros de los animales* (περὶ ζῴων μερῶν), en cuatro libros, *Sobre la generación de los animales* (περὶ ζῴων γενέσεως), en cinco, y *Sobre la marcha de los animales* (περὶ ζῴων πορείας). Su autenticidad está suficientemente acreditada por las alusiones á ellas, que hallamos en otros escritos aristotélicos; en cambio, y merced á su índole especial, rara vez las citan los escritores posteriores. Sólo hablaremos con detenimiento de la más importante de todas estas producciones, la intitulada *Historia de los animales* (περὶ τῶν ζῴων ἱστορία), la cual no sólo precede á todas las demás en el orden tradicional, sino que parece debió ser publicada también antes.

No hay para qué volver á las anécdotas, ya citadas ¹⁾, á que á menudo dió margen en la antigüedad esta obra. Inventadas como indudablemente son, sólo tienen interés en cuanto nos proporcionan la prueba más clara de la grande autoridad de que debió gozar una producción respecto de la cual pudieron hallar crédito las más peregrinas invenciones. De lo mucho que fué utilizada, da además testimonio el prodigioso número de citas que de ella se han hecho, no menos que el de tratados á que dió origen hasta ya muy entrada la época bizantina, y los cuales fueron, ó simples extractos literales, ó refundiciones en que, con el fin de facilitar su uso, variábase esencialmente su forma. Entre estas últimas, figuran sin duda las obras que tan á menudo extracta Ateneo en sus *Deipnosophistas*. Una de ellas, parece haber consistido en una enumeración—que en punto al lenguaje se aparta con frecuencia del de Aristóteles ²⁾—de los diferentes animales, dispuesta por especies y siguiendo en lo posible el orden alfabético; de suerte que viene á ser, por decirlo así, un léxico como los de las plantas y metales que pasan también por obras del Estagirita. Tan difícil como determinar la relación que entre sí tuvieron estas producciones, las cuales contenían también muchas cosas perfectamente ajenas á Aristóteles, sería determinar el por qué el libro

¹⁾ Véase el cap. XLVI, pág. 217 del presente tomo.

²⁾ Así, por ejemplo, la palabra ἀμφίβιος, que, según consta por el testimonio de Teofrasto, fragm. 171, 12 de Wimmer, fué usada ya por Demócrito, se encuentra sólo en dichas citas, y de ningún modo en las obras zoológicas de Aristóteles que aún se conservan. Asimismo se distingue por una serie de construcciones, evidentemente originadas por las exigencias de una terminología lacónica y concisa, acerca de la cual debe verse Apuleyo, *De magia*, c. 38.

quinto de la *Historia de los animales*, es siempre designado por Ate-neo como libro quinto de la obra *Sobre los miembros de los animales*.

Estas son, sin embargo, cuestiones cuyo examen detenido no es de este lugar. De mayor importancia sería para nosotros conocer más á fondo las relaciones que pueden existir entre la *Historia de los animales* y la obra repetidas veces citada por Aristóteles con el título de Ἀνατομῆ. Fuera de las indicaciones que hallamos en el Catálogo, no se encuentra vestigio alguno de semejante tratado, al que acompañaban una serie de dibujos, ó que tal vez no se componía más que de ellos. Esto basta para demostrar cuán amplias eran las bases sobre que descansaban las investigaciones de Aristóteles en aquella materia, si bien por otra parte parece indudable que pudo utilizar en sus tareas numerosos trabajos anteriores. En qué medida utilizó estos trabajos al redactar su obra, no es posible determinarlo hoy por haberse ésta perdido; pero según todas las probabilidades, muchos de los datos por él recogidos estaban tomados de Demócrito. Y no es que con esta observación pretendamos en manera alguna rebajar el mérito de Aristóteles, sino que sólo de esta manera se puede explicar bien la variedad y extensión sorprendente de sus escritos. Mas aunque fuera ya mucho lo que encontró hecho, todavía hay base sobrada para considerar como numerosas é importantísimas sus investigaciones. No sólo es admirable la multitud de observaciones y hechos por él acumulados, sino que merece aplauso su propósito de relacionarlos entre sí, aunque en los principios no logró exponerlos con orden verdaderamente sistemático. Ahora bien; por lo que hace á los juicios, en parte divergentes; que acerca de este extremo se han formulado ¹⁾, antes de emitir el nuestro, habría que ver hasta qué punto la forma que hoy conserva la obra es la misma que recibió de Aristóteles. No sólo el

¹⁾ Hállase coleccionado buen número de ellos en la obra de Lewes, p. 274 y ss. de la traducción alemana. El mismo Lewes se expresa de este modo: «Considerada históricamente, esto es, en relación con las obras que salieron á luz durante algunos siglos, la *Historia animalium* es una obra admirable; pero considerada en absoluto, esto es, con relación á la ciencia de que trata, es un conjunto de detalles mal ordenados y peor compilados, la mayoría de ellos de valor escaso, y con apariencias de ser algo mejor. Bien mirada, no se encuentra en ella verdadera ciencia, ni siquiera un sistema científico, ni una buena descripción, etc.» Semejante juicio es á todas luces erróneo, porque no parte de lo que Aristóteles pudo realmente hacer, sino de lo que ha progresado la ciencia en el siglo xix.

libro décimo parece una adición posterior que ni fué del Estagirita ni de su escuela, sino que en los otros nueve, hay también indudables perturbaciones del orden primitivo y hasta una serie de partes interpoladas, fáciles de conocer por las repeticiones que en ellas se advierten ¹⁾. Como se ve, tampoco esta obra se ha librado del destino que cupo á todas las de Aristóteles que conocemos.

Una serie de breves tratados, de origen dudoso unos y otros decididamente apócrifos, no ofrecen interés bastante para que nos detengamos á hablar de ellos. Así, pues, pasando por alto una obra que tampoco es de Aristóteles, que un manuscrito atribuye á Teofrasto, y que se intitula, sin razon, *Sobre Meliso, Jenófanes y Gorgias* ²⁾, trataremos de otra que en su estado actual, no sólo es de mucha más importancia, sino que al mismo tiempo ofrece no pocos rasgos análogos á los que ya hemos examinado, y aun más manifiestos que ellos: tal es la intitulada *Metafísica* (τὰ μετὰ τὰ φυσικά).

Todos los escritores convienen en que esta obra está formada por la reunión arbitraria y apenas justificable, en parte de elementos heterogéneos, y en parte también de otros que en su forma actual tampoco proceden de Aristóteles. Dicho esto, se comprenderá bien que las opiniones, así acerca del origen como del objeto propio de cada uno de estos elementos, sean por extremo variadas. Es ante todo difícil de resolver la cuestión, no de á quién se deben el orden y disposición actuales de la obra, pues que de éstos ya hemos visto antes que sólo puede hacerse responsable á Andrónico, sino de cuáles fueron las razones que en tamaña tarea le sirvieron de guía. Sorprende desde luego la doble numeración con que hasta nosotros ha llegado el libro primero ³⁾, mientras que por otro lado, la parte señalada con «alfa pequeña», ó ha sido atribuída al rodio Pasicles, hijo de Boeto y sobrino de Eudemo, ó por lo menos, en opinión de algunos, entre ellos Alejandro, habría sido preferible unirle á la *Física* á guisa de introducción ⁴⁾.

¹⁾ En estas cuestiones que, como queda dicho, no han sido aun resueltas, debemos contentarnos con remitir al lector á lo que sobre el particular se dice en el prólogo de la edición de la *Historia de los animales*, de Aubert y Wimmer, Leipzig, 1868.

²⁾ Véase Zeller, *Philosophie der Griechen*, vol. I, p. 464 y ss.

³⁾ Establécese una diferencia entre Α τὸ μείζον y α τὸ ἕλαττον, denominaciones que se explican por la desigualdad del contenido.

⁴⁾ *Schol. cod. reg.*, p. 588, a, 41: τοῦτο τὸ βιβλίον ἔνιοι Πασικλέους εἶναι φασὶ τοῦ

Pudiera en cambio no estar en lo cierto el editor citado, cuando no sólo defiende la autenticidad del libro quinto (Δ), sino también el lugar que ocupa. Pero aunque lo primero sea muy verosímil,—semejante problema ha sido mencionado á menudo y aun parece que no era desconocido para el autor del Catálogo ¹⁾—las definiciones, que es de lo que aquí se trata, no encajan bien en el conjunto, ni cuadran á lo que constituye el objeto de la obra, que es, por decirlo así, la quinta esencia de la Metafísica. No sería difícil aumentar el número de aquellos ejemplos con otros muchos análogos. Así, una parte en que se impugna la teoría de las ideas, se halla casi literalmente reproducida en dos lugares distintos ²⁾; al paso que la segunda mitad del libro undécimo, está compuesta de simples extractos de la *Física* ³⁾. Ni es fácil explicar satisfactoriamente todo esto, ni puede adivinarse tampoco qué es lo que movió á Andrónico á dislocar, por decirlo así, y á mezclarlo con elementos en parte completamente extraños, un escrito de Aristóteles, según todas las apariencias incompleto, pero cuyo plan aun hoy mismo puede reconocerse. Semejante procedimiento, sólo debe ser calificado de arbitrario; por otro lado, sin embargo, para que puedan parecer admisibles semejantes cambios y transformaciones realizadas con miras estrechas é interesadas, se necesita tener presente la libertad con que los antiguos procedían siempre al utilizar las obras científicas y literarias de otros escritores.

Quizá menos patentes, aunque no menos razonables, son las dudas que suscita la composición de las obras éticas. De las tres pertenecientes á este grupo,—la obrita intitulada *Sobre las Virtudes y los Vicios* (περὶ ἀρετῶν καὶ κακιῶν) evidentemente no es de Aristóteles—la *Ética Nicomaquea*, ya citada, es la que más derecho tiene á

¹⁾ Ροδίου, ὃς ἦν ἀκροατῆς Ἀριστοτέλους, υἱὸς δὲ Βοηδοῦ (el manuscrito Βοναίου), τοῦ Εὐδήμου ἀδελφοῦ. Ἀλέξανδρος δὲ ὁ Ἀφροδισιεὺς Ἀριστοτέλους αὐτὸ φησὶ εἶναι. καὶ ἔνιοι μὲν αὐτὸ πρὸ τῆς φυσικῆς πραγματείας δεῖν ἔφασαν τάττεσθαι. Véase Alejandro, *loc. cit.*, 26: ὅσον δὲ πάλιν ἐπὶ τῷ τέλει αὐτοῦ, οὐ δόξει τοῦτο ἐκ ταύτης εἶναι συντάξεως, ἀλλὰ τῆς φυσικῆς πραγματείας προομιόν τι.

²⁾ *Metafísica*, 7, 1, p. 1028, a, 11 y 10, 1, p. 1052, a, 15. Véase *De gen. et corr.*, 2, 10, p. 336, b, 29; *Física*, 1, 8, p. 191, b, 29, así como el título περὶ τῶν ποσαχῶς λεγομένων ἢ κατὰ πρόθεσιν α', en Diógenes Laercio. El Anónimo escribe: περὶ τῶν ποσαχῶν λεγομένων ἢ τῶν κατὰ πρόθεσιν.

³⁾ Libro 1, 9, y 13 c. 4 y 5.

⁴⁾ Tal observa ya el correspondiente editor, el cual en vez de hacer nuevas aclaraciones, remite al lector al comentario á la *Física*.

que se le considere como producción del Estagirita; pero en cambio, es tan imposible admitir que saliera de sus manos en la forma que hoy tiene, cuanto que claramente se descubre en ella la tendencia á reunir, en un todo más ó menos compacto y homogéneo, materiales análogos. Aparte la noticia que nos proporciona el Catálogo, no encontramos testimonio alguno expreso sobre este punto. En lugar de los diez libros que hoy existen, el Catálogo sólo menciona una obra de la mitad próximamente de esta extensión, pues que la *Ética* que cita, no consta más que de cinco libros, y según otro pasaje, sólo de cuatro ¹⁾. No puede determinarse con seguridad si son éstos ó no de los que forman la *Ética* actual; pero no faltan razones que mueven á considerar como verosímil, la hipótesis de que la obra fué posteriormente ampliada, ó si se quiere completada. Los que sobre todo deben llamar nuestra atención, son los libros quinto al séptimo, los cuales contienen una serie de repeticiones que, en un trabajo en que hubiese unidad, parecerían inexplicables ²⁾; viene, sobre todo, á robustecer tales dudas el hecho de ser estos libros los mismos que figuran con los números cuarto al sexto en la *Ética de Eudemo*. La cuestión de á cuál de estas dos obras debieron pertenecer originariamente, ha sido resuelta en diferentes sentidos ³⁾; mas aunque nos decidiéramos en favor de la hipótesis de que sirvieron alguna vez para llenar un hueco en la *Ética de Eudemo*, no se demostraría que desde el principio hubiesen formado parte de la *Ética Nicomaquea*. En este

¹⁾ Evidentemente no tiene importancia alguna el que en la misma parte de su obra, 5, 21, Diógenes Laercio cite el libro VII de la *Ética*, lo cual se explica suficientemente por haberse ajustado en todo á las fuentes de que disponía. De análoga suerte se explica, que en el proemio cite una obra de Aristóteles intitulada Μαγικός, no comprendida en el Catálogo de Hermipo, y la cual figura en un apéndice del Anónimo, entre las pseudépigráficas. En el 8, 88, dice de la *Ética* que era obra de Nicómaco y cita un pasaje del décimo libro.

²⁾ Sobre este particular, basta con ver la obra de Rassow, *Forschungen über die Nikomachische Ethik*, Weimar, 1874, p. 15 y ss. Sobre el libro VII habla muy detenidamente Häcker, *Beiträge zur Erklärung und Kritik des 7. Buchs der Nikomachischen Ethik*, Berlín, 1869.

³⁾ Schleiermacher, partiendo de la idea de que la denominada «Grande *Ética*» es la más antigua y la «*Nicomaquea*», por el contrario, la más moderna de las tres obras, se decide en favor de la *Ética* de Eudemo. Según la opinión de Spengel, *Ueber die unter dem Namen des Aristoteles erhaltenen ethischen Schriften*, ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 3, p. 439 y ss. pertenecen á la *Ética Nicomaquea*, y empleáronse posteriormente como complemento de la *Ética de Eudemo*.

punto es de mucho peso la exactísima observación de un editor antiguo, á cuya penetración no se escapó la distinta manera con que se habla del placer (ἡδονή) en el libro séptimo y en el décimo: pues mientras en aquél ¹⁾ se sostiene que el deleite no es en sí y por sí mismo malo, sino que, aun habiendo varias clases de placeres malos, puede muy bien ser lo mejor (τῶριστον) ó lo bueno (τῶγαδον), se dice por el contrario en el décimo ²⁾ que si bien no todo placer es en sí y por sí mismo reprobable, no puede ser tampoco ni lo mejor ni lo bueno. Para explicar esta contradicción, observa el editor citado que este segundo pasaje pudiera ser de Eudemo ³⁾. Ahora bien; esto, que en el fondo no es más que una simple hipótesis, parece por lo menos tan verosímil como aquella otra, según la cual el primer pasaje debe considerarse como bosquejo trazado por Aristóteles, el cual lo reemplazó más tarde por un nuevo concepto del mismo tema. Tanto en un caso como en otro, la cuestión en definitiva queda en pie; esto es, que no puede pasar por obra perfecta y homogénea, un trabajo como el que venimos examinando ⁴⁾.

Cuán imperfectamente conocían los antiguos los escritos aristotélicos, demuéstalo con evidencia la opinión, por cierto bastante generalizada, de que las tres obras sobre Etica eran de Aristóteles ⁵⁾. Aunque en los puntos capitales esté de acuerdo la *Etica de Eudemo* con las ideas de aquel filósofo, la misma razón hay para tener á Eudemo por autor de esta obra, como para mirar cual si fueran también suyas las *Analíticas* y la *Física*. Falta además por saber, si la redacción de estas obras es realmente suya, ó si, lo que parece posible, eran apuntes tomados de sus explicaciones por alguno de sus discípulos. En cuanto á la *Grande Etica*, cuyo título contrasta notablemente con su extensión—al paso que la

¹⁾ Capítulo 12 y ss.

²⁾ Capítulo 1 y ss.

³⁾ Véase el pasaje en Spengel, *loc. cit.*, p. 84, y en sus *Aristotelische Studien*, cuad. 1, München, 1863.

⁴⁾ No queremos descender aquí á la cuestión de si bajo el título de *περὶ φιλικῆς* que figura en los Catálogos, deben entenderse los libros VIII y IX de la *Etica Nicomaquea*, y bajo la denominación *περὶ ἡδονῆς*, el libro X: sin embargo de que esta hipótesis, explicaría perfectamente la existencia de una *Etica* compuesta sólo de cuatro libros.

⁵⁾ Véase Atico en Eusebio, *Praepar. evangel.*, 15, 4, 6, y Porfirio, *Prol.*, p. 9, b, 24, David, *In categ.*, p. 25, a, 48, Simplicio, p. 25, a, 48, y el comentarista de la *Etica Nicomaquea*, f. 152, a.

Nicomaquea tiene diez libros y siete la de *Eudemo*, ésta sólo cuenta dos—no se ha logrado hasta ahora explicar satisfactoriamente este último. Entre las varias opiniones emitidas sobre el particular, parece la más aceptable, la de que aquel título aludía menos á la extensión de la obra, que á la mayor riqueza de su contenido, comparada con la *Etica Nicomaquea* ¹⁾. Hay desde luego que desecharse la idea de que el autor de ella fuera Aristóteles; pues en realidad, no sólo tiene más íntimas conexiones con la *Etica de Eudemo* que con la *Nicomaquea*, sino que además ofrece diferencias muy notables en punto al uso del dialecto ²⁾ y carece en absoluto de aquella concisión que distingue á los escritos aristotélicos de autenticidad indiscutible.

En íntima relación con la Etica, se halla, según opinión de Aristóteles y aun de la antigüedad en general, la Política, y á esta relación aluden las últimas palabras de la *Etica Nicomaquea*. Presupuesta, pues, la autenticidad de este pasaje ³⁾, la *Política* viene á ser la continuación de la *Etica*, pues que ambas están destinadas á tratar, cada cual á su modo, las cosas humanas ⁴⁾. Pero aunque en el comienzo de la *Etica* se considera repetidamente esta ciencia como parte y preliminar de la Política, no puede en ello verse una prueba de que inmediatamente después de la primera de estas obras apareciera la otra: con tanto más motivo cuanto que la *Política* no es en el fondo otra cosa que notas ó apuntes tomados de explicaciones ó discursos orales. Que esta opinión es perfectamente exacta, lo prueba, no sólo el testimonio expreso del Catálogo, sino también las condiciones y estructura de la obra. La alusión á Teofrasto que hallamos en el Catálogo, es un enigma. En los Catálogos primero y cuarto de los escritos

¹⁾ Véase Alberto Magno, en Jourdain, *Recherches critiques sur l'origine des traductions latines d'Aristote*, París, 1843, p. 352: *Non ideo quod scriptura plus contineat, sed quia de pluribus tractat.*

²⁾ El escoliasta de la *República* de Platon, 183, 6, hace notar que es insólito y extraño el empleo del vocablo *σαλακωνεία*, en lugar del cual usaba Aristóteles *βαναυσία*. Puede citarse además el uso de *ὑπὲρ* con genitivo, en lugar de *ἐπί*. Véase Eucken, *Ueber den Sprachgebrauch des Aristoteles*, Berlín, 1868, p. 47.

³⁾ El texto del pasaje en cuestión, ofrece no pocos motivos de duda; por lo pronto es de extrañar el empleo del vocablo *ἀνερεύνητον*, que no se encuentra en parte alguna de las obras aristotélicas, al paso que *ἔρευνα* ó *ἔρευνᾶν* sólo se halla en las apócrifas. Por lo demás, las citadas palabras las ha considerado ya como apócrifas Schlosser, en su traducción de la *Política*.

⁴⁾ ἡ περὶ τὰ ἀνθρώπινα φιλοσοφία.

de este último, se citan dos tratados, uno de seis y otro sólo de dos libros, cuyos títulos son idénticos al de la obra del Estagirita; mas no conservándose ni una sola cita de estos escritos de Teofrasto, es imposible determinar, siquiera fuera solo aproximadamente, la mayor ó menor relación que pudieran tener con el de Aristóteles. Pero más extraña aún que la absoluta carencia de noticias acerca de la producción de Teofrasto, es el poco aprecio que, por lo menos en los primeros tiempos, parece se hizo de la de Aristóteles. Aun cuando se demostrara que todos los pasajes en que se ha creído descubrir alguna alusión á dicha obra, la contienen en realidad, su número es por extremo escaso en relación con la importancia de aquel trabajo ¹).

De mayor interés que este punto, es lo que del estado actual de la obra se desprende. En este terreno, extraña más el evidente desorden en que nos han sido transmitidos sus libros, —el séptimo y el octavo debieran ir inmediatamente después del tercero ²)— que lo imperfecto del trabajo, y sobre todo su estructura y redacción, las cuales son tan defectuosas, que excluyen en absoluto toda idea de que el autor hubiera pensado en publicarlo en semejante forma. Por otra parte, no sólo sería inútil todo intento de atribuir tamaños defectos á interpolaciones posteriores ó á lagunas que están por llenar, sino que no hay razón alguna para sostener que la *Política* tuviera algún día una forma más perfecta y acabada que la que hoy tiene.

¹) No es posible examinar aquí detenidamente, los pasajes en cuestión. Hay que conceder que aun ante asertos como el de Ciceron, *Epist. ad Quint. fratv.*, 3, 5: *Aristotelem denique que de republica et præstante viro scribat, ipsum loqui*, parece permitida la duda, pues que se refiere más bien á las obras dialogadas. Tendríamos una prueba decisiva de que en época relativamente remota fué ya utilizada la *Política*, si pudiera demostrarse la exactitud de la hipótesis formulada primero por R. Prinz, *De Solonis Plutarchei fontibus*, Bonn, 1867, páginas 24 y 25, y más tarde por E. Hiller, *Satura philologa H. Sauppio oblata*, página 16, según la cual Jerónimo de Rodas la utilizó en gran parte. Hállanse coleccionados los pasajes en que se ha creído encontrar alusiones á la *Política*, en la obra de Spengel, *Ueber Aristoteles Politik*, en las ABHANDLUNGEN DER MÜNCHNER AKADEMIE, vol. 5, p. 44, nota, y en la de Susemihl, *Aristoteles Politik*, Leipzig, 1879, Introducción, p. 7, con la cual debe confrontarse la pág. XVIII de su edición, Leipzig, 1882.

²) Barthélemy St. Hilaire ha sido el primero en razonar de una manera persuasiva, la duda que respecto de este punto habían formulado ya antes otros eruditos.

Felizmente estas imperfecciones, no son tales que roben á la obra todo su mérito. Aunque en lo relativo á las cualidades y excelencias meramente formales sea inferior á la *República* de Platon, y aun cuando no transporte al lector á regiones ideales, revela, sin embargo, juntamente con un admirable talento de observación, un arte tal de ordenar los hechos y fenómenos según determinados puntos de vista, que sólo podemos ver en este trabajo el fruto de la reflexión madura de uno de los mayores genios que la antigüedad ha producido. Tan sorprendente como la multitud de hechos que el autor ofrece, es la superioridad y maestría con que los domina. No es una reconstrucción del Estado, como las que habían intentado ya Platon y otros, lo que Aristóteles se propone; sino que después de estudiar su esencia, considerándolo como una sociedad que tiene por objeto la consecución del bien, y de examinar, de acuerdo con estas ideas preliminares, las opiniones por otros formuladas, define las diferentes formas de gobierno y expone las leyes que rigen sus transformaciones, influyen en su conservación ó determinan su ruina.

Pudiera conocerse mejor y más á fondo el pensamiento de la obra, si fuera posible determinar con seguridad lo que falta para su conclusión. Las opiniones acerca de este punto están en desacuerdo; pero es sobre todo dudoso, si entraba en el propósito del autor examinar más detenidamente, y agrupando por decirlo así los resultados obtenidos, las condiciones que debe reunir el mejor Estado. En cambio, es indudable que se ha perdido por completo la parte en que hablaba con más extensión de la influencia de los poetas, y quizá también de la ejercida por los diversos géneros poéticos. Las conocidas opiniones de Platon acerca de este punto y el detenimiento con que el mismo Aristóteles habla de la música, hacen inexplicable el que éste no hubiera examinado la poesía bajo un punto de vista análogo.

Es insignificante y á todas luces apócrifo, el intitulado *Libro primero del Económico*. No tiene conexión alguna con éste, la obrita que se le agregó, sin duda mucho tiempo después, en concepto de *Libro segundo*. A una colección de máximas hábiles sí, pero no siempre honradas, de administración y economía, precede una breve introducción, la cual, por lo demás, es dudoso si fué ó no agregada también por mano ajena. Cuanto á la colección misma, pudo muy bien haber sido compuesta en la época